



EDITORIAL

## La vida que aprendo por Jaume Cela

*La vida que aprendo* es el título del libro de Carles Capdevila que recoge un conjunto de sus artículos. Lo compré para Sant Jordi y le pedí que me lo dedicara. Escribió las siguientes palabras: «Maestro Jaume, estimado amigo, ¡gracias por todo lo que hemos aprendido juntos! Salud y buen humor».

Estas palabras resumen uno de los principios que iluminan la trayectoria de este periodista, de este artesano de la palabra, de este padre de familia y de este buen hombre y hombre bueno que ha dedicado muchas horas a pensar y a escribir, como práctica reflexiva, sobre la importancia de la educación. Lo ha hecho desde todos los medios de comunicación donde ha trabajado y lo ha hecho a través de conferencias que tenían el don de llenar la sala a rebosar.

Aprendemos con los demás, al lado de los demás, de los otros y a favor de los otros. Y en contra también, pero sobre todo al lado, porque la educación es una parte fundamental del proceso de humanización, un proceso que ha e orientarse a potenciar la bondad y la inteligencia para construir una sociedad que no excluya, una sociedad más justa y más decente y que tenga siempre presente la defensa de los derechos humanos. Y de los deberes.

En esas palabras recomienda salud, y Carles, en ese momento, sabía de qué hablaba, y buen humor. El sentido del humor que caracteriza su manera de vivir la vida es una buena muestra de su inteligencia y una práctica, como reclama Steiner, para sobrevivir en una sociedad tan compleja como la actual.

El libro tiene una arquitectura organizativa muy interesante. Tras un prólogo bellísimo que intento aprender de memoria como lo hago con los buenos poemas, con aquellos que deseas que te acompañen toda la vida, nos presenta la primera tanda de artículos bajo el subtítulo de «La mirada íntima». Una mirada que trabaja para suprimir distancias o para encontrar la distancia precisa que cada ser humano reclama, que pone el acento en el valor de la proximidad para poder abordar las cuestiones humanas. Después nos encontramos con otro grupo de textos sobre el ser y el hacer y no hace falta que diga que una de las conclusiones es que en el hacer es cuando exponemos más nuestras creencias y nuestros valores

más profundos. El tercer conjunto son comentarios sobre lo que él llama «pequeñas revoluciones», unas pequeñas revoluciones que terminan siendo las que más nos marcan porque son las que transforman la realidad de un modo duradero y para que lo sea hace falta ejercitar el sentido crítico, indispensable si queremos hablar de una verdadera acción educativa. El cuarto conjunto se halla bajo el subtítulo «En buena compañía» porque Carles sabe que somos con los demás y que nos necesitamos. El último apartado recoge los artículos dedicados más concretamente al mundo educativo. «Eduquemos a las criaturas» es su título. Muchos de estos artículos los he visto pegados en los corchos de muchas escuelas de Cataluña. Carles era un periodista que leemos y releemos todas las personas que tenemos algún papel en la educación de las nuevas generaciones y que sabemos que las nuevas generaciones, con sus necesidades, orientan nuestra acción.

En muchos de estos artículos Carles habla de su infancia, de las contradicciones y de la ambigüedad de la experiencia humana. Su legado es un legado bello, bondadoso sin dejar de ser crítico, exigente, bañado de ternura y de confianza, dos palabras clave en su pensamiento. El último artículo es una carta de agradecimiento a los buenos maestros artesanos. La obra de Carles conmueve, sacude, interpela, da pistas para saber por dónde debemos transitar.

En pocas palabras, la reflexión que hace Carles, ese ir y volver a los temas centrales que configuran la vida humana, se dirige al corazón y al cerebro del lector pero sin crear divisiones artificiales entre la cognición y la emoción porque somos un todo y es desde ese todo que intentamos entender, entendernos y transformar el mundo.

Y como él dice: «... nos hace falta más mala leche y más esperanza». Pero sin olvidar que «el optimismo es siempre la opción más recomendable y, cuando pintan bastos, es imprescindible». Toda una declaración de principios.

Echo de menos a Carles, pero me consuela poder releer sus artículos con la misma actitud que tienen las criaturas cuando se maravillan contemplando la luna llena pegada en el papel negro del cielo.

(Trad. M.M. Suárez Vilagran)